

atemperar su cuerpo con los cordiales que traje á toda prisa de la botica. Confieso que, profundamente apenado yo también al ver la desgracia de los pobres amantes, se amortiguó en mi pecho el rencorcillo que me inspiraba Malespina. El corazón de un niño perdona fácilmente, y el mío no era el menos dispuesto á los sentimientos dulces y expansivos.

## VII.

A la mañana siguiente se me preparaba una gran sorpresa, y á mi ama el más fuerte berrincho que creo tuvo en su vida. Cuando me levanté ví que D. Alonso estaba amabilísimo, y su esposa más irritada que de costumbre. Cuando ésta se fué á misa con Rosita, advertí que mi amo se daba gran prisa por meter en una maleta algunas camisas y otras prendas de vestir, entre las cuales iba su uniforme. Yo le ayudé, y aquello me olió á escapatoria, aunque me sorprendía no ver á Marcial por ninguna parte. No tardé, sin embargo, en explicarme su ausencia, pues D. Alonso, una vez arreglado su breve equipaje, se mostró muy impaciente, hasta que al fin apareció el marinero diciendo: «Ahí está el coche, vámonos antes que ella venga.»

Cargué la maleta, y en un santiamén D. Alonso, Marcial y yo salimos por la puerta del corral para no ser vistos por nadie; nos subimos á la calesa, y ésta partió tan á escape como lo permitía la escualidez del rocín que la arrastraba, y la procelosa configuración del camino. Este, que para caballerías era malo, para coches era perverso: pere á pesar de los fuertes tumbos y a cada, apretamos el paso, y hasta que no perdimos de vista el pueblo, no se alivió algun tanto el duro martirio de nuestros cuerpos.

Aquel viaje me gustaba extraordinariamente, porque, á los chicos toda novedad les trastorna el juicio. Marcial no cabía en sí de gozo, y mi amo, que al principio manifestó su alborozo casi con menos gravedad que yo, se entristeció bastante, cuando dejó de ver el pueblo. De vez en cuando decía:

—Y ella tan agena de esto! ¡Qué dirá cuando llegue á casa y no nos encuentre!

A mí se me ensanchaba el pecho con la vista del paisaje, con la alegría y frescura de la mañana, y sobre todo, con la idea de ver pronto á Cádiz y su incomparable bahía poblada de naves, sus bulliciosas y alegres calles, su Caleta que simbolizaba para mí en un tiempo lo más hermoso de la vida, la libertad; su plaza, su muelle y demás sitios por mí muy amados. No habíamos andado tres leguas cuando alcanzamos á ver dos caballeros montados en soberbios alazanes, que viniendo tras nosotros se nos juntaron en poco tiempo.

Al punto reconocimos á Malespina y á su padre, aquel señor alto, estirado y muy charlatán, de quien antes hablé. Ambos se acordaron de ver á D. Alonso, y mucho más cuando éste les dijo que iba á Cádiz para embarcarse. Recibió la noticia con pesadumbre el hijo; más el padre, que según entonces comprendí, era un rematado fanfarrón, felicitó á mi amo muy compadadamente por su determinación, llamándole flor de los navegantes, espejo de los méritos y honra de la patria.

Nos detuvimos para comer en el parador de Conil. A los señores les dieron lo que había, y á Marcial y á mí lo que sobraba, que no era mucho. Como yo servía la mesa, pude oír la conversación, y entonces conocí mejor el carácter del viejo Malespina, quien si primero pasó á mis ojos como un enbustero lleno de vanidad, después me pareció el más gracioso charlatán que he oído en mi vida.

El futuro suegro de mi amita, D. José María Malespina que no tenía parentesco con el célebre marino del mismo apellido, era coronel de artillería retirado y cifraba todo su orgullo en conocer á fondo aquella terrible arma, y manejarla como nadie. Tratando de este asunto era como más lucía su imaginación y gran desparpajo para mentir.

—Los artilleros—decía sin suspender por un momento la acción de engullir—hacen mucha falta á bordo. ¡Qué es de un barco sin artillería? Pero donde hay que ver los efectos de esta acción admirable de la humana inteligencia es en tierra, Sr.

D. Alonso. Cuando la guerra del Rosellón... ya sabe usted que tomé parte en aquella campaña y que todos los triunfos se debieron á mi acierto en el manejo de la artillería... la batalla de Masdeu, ¿por qué cree usted que se ganó? El general Ricardos me situó en una colina con cuatro piezas, mandándome que no hiciera fuego sino cuando él me ordenara. Pero yo, que veía las cosas de otra manera, me estuve calladito hasta que una columna francesa vino á colocarse delante de mí en tal disposición, que misparos podían enfriarle de un extremo á otro. Los franceses forman la línea con gran perfección. Tomé bien la puntería con una de las piezas, dirigiendo la mira á la cabeza del primer soldado; ¿Comprende usted? Como la línea era tan perfecta, disparé, y ¡zas! la bala se llevó ciento cuarenta y dos cabezas, y no cayeron más porque el extremo de la línea se movió un poco. Aquello produjo gran consternación en los enemigos; pero como éstos no comprendían mi estrategia ni podían verme en el sitio donde estaba, enviaron otra columna á atacar las tropas que estaban á mi derecha, y aquella columna tuvo la misma suerte, y otra y otra, hasta que se ganó la batalla.

—Hombre, eso es maravilloso—dijo mi amo, quien conociendo la magnitud de la bola, no quiso, sin embargo, desmentir á su amigo.

—Pues en la segunda campaña, al mando del conde de la Unión, también escarmenté de lo lindo á los republicanos. La defensa de Boulou no nos salió bien, porque se nos acabaron las municiones: yo, con todo, hice un gran destrozo cargando una pieza con las llaves de la iglesia, pero éstas no eran muchas, y al fin, como un recurso de desesperación, metí en el ánima del cañón mis llaves, mi reloj, mi dinero, cuantas baratijas encontré en los bolsillos, y por último, hasta mis cruces. Lo particular es que una de éstas fué á estamparse en el pecho de un general francés, donde se le quedó como pegada y sin hacerle daño. El la conservó, y cuando fué á París la Convención le condenó no sé si á muerte ó á destierro, por haber admitido condecoraciones de un gobierno enemigo.

—¡Qué diablura!—dijo mi amo recreándose con tan chucas invenciones.

—Cuando estuve en Inglaterra...—continuó el viejo Malespina,—ya sabe usted que el gobierno inglés me mandó llamar para perfeccionar la artillería de aquel país... todos los días cenaba con Pitt, con Burke, con lord North, con el general Cornwallis y otros personajes importantes que me llamaban *el chistoso español*. Recuerde que una vez, estando en palacio, me suplicaron que les mostrase cómo era una corrida de toros, y tuve que capear, pisar y matar una silla, lo cual divertió mucho á toda la Corte, especialmente al Rey Jorge III, quien era muy amigo mío, y siempre me decía que le mandase á buscar á mi tierra aceitunas buenas... ¡Oh! tenía mucha confianza conmigo. Todo su empeño era que le enseñase palabras de español, y sobre todo algunas de esta nuestra graciosa Andalucía; pero nunca pudo aprender más que *otro toro y vengan esos cinco*, frase con que me saludaba todos los días cuando iba á almorzar con él pescadillas y unas cañitas de manzanilla.

—¿Eso almorzaba?

—Eso es lo que más le gustaba. Yo hacía llevar de Cádiz embotellada la pescadilla, y conservábase muy bien con un específico que inventé, cuya receta tengo en casa.

—Es maravilloso. ¿Y reformó usted la artillería inglesa?—preguntó mi amo, aletándole á seguir, porque le divertía mucho.

—Completamente. Allí inventé un cañón que no llegó á dispararse, porque todo Londres incluso la corte y los ministros, vinieron á suplicarme que no hiciera la prueba por temor á que del estremecimiento cayeran al suelo muchas casas.

—¿De modo que tan gran pieza ha quedado relegada al olvido?

—Quiso comprarla el Emperador de Rusia, pero no fué posible moverla del sitio en que estaba.

—Pues bien podía usted sacarnos del apuro inventado un cañón que destruyera de un disparo la escuadra inglesa.

—¡Oh!—contestó Malespina.—En eso estoy pensando, y creo que podré realizar mi pensamiento. Ya le mostraré á usted los cálculos que tengo hechos, no sólo para aumentar hasta un extremo fabuloso el calibre de las piezas de artillería, sino para

construir placas de resistencia que defiendan los barcos y los castillos. Es el pensamiento de toda mi vida.

A todas estas habían concluido de comer. Nos zampamos en un santiamén Marcial y yo las sobras y seguimos el viaje, ellos á caballo, marchando al estribo, y nosotros como antes, en nuestra derrengada calesa. La comida y los frecuentes tragos con que la roció excitaron más aún la vena inventora del viejo Malespina, quien por todo el camino siguió espetándonos sus grandes paparruchas. La conversación volvió al tema por donde había empezado, á la guerra del Rosellón; y como D. José se apresuraba á referir nuevas proezas, ¡míjamo, cansado ya de tanto mentir, quiso desviarle de aquella materia, y dijo:

—Guerra desastrosa é impolítica. ¡Más nos hubiera valido no haberla emprendido!

—¡Oh!—exclamó Malespina.—El conde de Aranda, como usted sabe, condenó desde el principio esta funesta guerra con la República. ¡Cuánto hemos hablado de esta cuestión!... porque somos amigos desde la infancia. Cuando yo estuve en Aragón, pasamos siete meses juntos cazando en el Moncayo. Precisamente hice construir para él una escopeta singular...

—Sí; Aranda se opuso siempre—dijo mi amo, atajándole en el peligroso camino de la balística.

—En efecto—continuó el mentiroso,—y si aquel hombre eminente defendió con tanto calor la paz con los republicanos, fué porque yo se lo acusé, convenciéndole antes de la inoportunidad de la guerra. Mas Godoy, que ya entonces valido, se obstinó en proseguirla, sólo por llevarme la contraria, según he entendido después. Lo mas gracioso es que el mismo Godoy se vió obligado á concluir la guerra en el verano del 95, cuando comprendió lo que era, y entonces se adjudicó á sí mismo el retumbante título de *Príncipe de la Paz*.

—¿Qué faltos estamos, amigo Don José María—dijo mi amo—de un buen hombre de Estado, á la altura de las circunstancias, un hombre que no nos entrometa en guerras inútiles, y mantenga incólume la dignidad de la corona!

—Pues cuando yo estuve en Madrid el año último—repuso el embustero—me hicieron proposiciones para desempeñar la

secretaría de Estado. La Reina tenía gran empeño en ello, y el Rey no dijo nada. . . . Todos los días le acompañaba al Pardo para tirar un par de tiros. . . . Hasta el mismo Godoy se hubiera conformado, conociendo mi superioridad; y si no, no me habría faltado un castillito dondè encerrarle para que no me diera que hacer.

Pero yo rehusé, prefiriendo vivir tranquilo en mi pueblo, y dejé los negocios públicos en manos de Godoy. Ahí tiene usted un hombre cuyo padre fué mozo de mulas en la dehesa que mi suegro tenía en Extremadura.

—No sabía. . . —dijo Don Alonso.—Aunque hombre obscuro, yo creí que el *Príncipe de la Paz* pertenecía á una familia de hidalgos, de escasa fortuna, pero de buenos principios.

Así continuó el diálogo, el Sr. Malespina soltando unas cosas como templos, y mi amo oyéndolas con santa calma, pareciendo unas veces enfadado y otras complacido de escuchar tanto disparate. Si mal no recuerdo, también dijo Don José María que había aconsejado á Napoleón el atrevido hecho del 18 brumario.

Con estas y otras cosas nos anocheció en Chiclana, y mi amo, que estaba sumamente quebrantado y melido á causa del movimiento del fementido calesín, se quedó en dicho pueblo, mientras los demás siguieron deseosos de llegar á Cádiz en la misma noche.

Mientras cenaron, endilgó Malespina nuevas mentiras, y entonces observé que su hijo las oía con pena, como abochornado de tener por padre al más grande embustero que creó la tierra. Despidiéronse ellos, y nosotros descansamos hasta el día siguiente por la madrugada, hora en que proseguimos nuestro camino; y como éste era mucho más cómodo y expedito desde Chiclana á Cádiz que en el tramo recorrido, llegamos al término de nuestro viaje á eso de las once del día sin novedad en la salud y con el alma alegre.

## VIII.

No puedo describir el entusiasmo que despertó en mi alma la vuelta á Cádiz. En cuanto pude disponer de un rato de libertad, después que mi amo quedó instalado en casa de su prima, salí á las calles y corrí por ellas sin dirección fija, embriagado con la atmósfera de mi ciudad querida.

Después de una ausencia tan larga, lo que había visto tantas veces me llamaba la atención como cosa nueva y extremadamente hermosa. En cuantas personas encontraba al paso veía un rostro amigo, y todo era para mí simpático y risueño, los hombres, las mujeres, los viejos, los niños, los perros, hasta las casas, pues mi imaginación juvenil observaba en ello no sé qué de personal y animado; se me representaban como seres sensibles, y me parecía que participaban del general contento por mi llegada, remediando en sus balcones y ventanas las facciones de un semblante alborozado. Mi espíritu veía reflejar en todo lo exterior su propia alegría.

Corría por las calles con gran ansiedad, como si en un minuto quisiera verlas todas. En la plaza de San Juan de Dios compré algunas golosinas, más que por el gusto de comerlas, por la satisfacción de presentarme regenerado ante las vendedoras, á quienes me dirigí como antiguo amigo, reconociendo